

GENERACIÓN

Patrice PAVIS

(Universidad París VIII)

Traducción de Diego Santos Sánchez

Invitado el segundo semestre de 2003 como docente en el departamento de Teatro de la Universidad Nacional Coreana de las Artes, Patrice Pavis, catedrático en la Universidad París VIII, tuvo la ocasión de visitar el país con su familia, sus colegas y amigos. Aquí describe su encuentro con ciertos objetos (y ciertos sujetos) de la cultura coreana, centrandó su reflexión en la generación que ha querido observar las cosas en detalle.

El alma hermana

Acuérdate, corazón mío,
Alma gemela mía,
De nuestros amores de niños.
Sólo eran nuestros,
Estábamos solos en el mundo,
Nos acercábamos el uno al otro
Como si acabáramos
De conocernos.
Nos queríamos sin complicaciones,
Como en los primeros días
De la humanidad.
Todo estaba ahí para ser descubierto,
Nada para ser temido.
Aprendimos los gestos
Del amor
«uno es el hombre,
la otra es la mujer»
Nos habían dicho.
Imposible equivocarse
Porque velaban por nosotros
Ellos, ante nosotros, antes que nosotros:
Nuestros progenitores.



Foto de Patrice Pavis

En los peldaños del templo budista comienzan los gestos de la ternura, cuidadosamente fijados en la foto por la madre. De lejos vi al padre fotografiar a los niños, me acerqué y le pedí permiso para inmortalizar a mi paso aquel momento fortuito.

La nueva generación se constituye así: por una secuencia de momentos en que los sujetos son obligados a formar un grupo de edad o un grupo que comulgue por ejemplo con la ternura familiar. El templo no es más que un decorado, pero es indispensable para esta transmisión. Construimos los gestos de la ternura. La madre pone los brazos de la niña sobre los hombros del niño mientras que los del niño protegen a la hermana mayor. Los padres respetan «de manera natural» los roles: la niña es protectora, el niño seductor y dotado «genéticamente» con el arte de abrazar. La mirada de los padres, incluso la mirada más externa del turista, establece la escena y genera el orden de la siguiente generación.

La generación es una producción continua de sentido cultural. «Hace falta más de un hombre y de una mujer para tener un niño», dice Maurice Godelier, ¡hace falta justamente una foto!, podría decirse. Estos niños se parecen al turista que soy yo: tienen una identidad que flota libremente, pero se buscan, están en construcción, mientras que yo estoy más bien en medio de una deconstrucción cultural: me esfuerzo (sin éxito) por olvidar todo lo que me han enseñado. Pero ellos, por lo menos, están viviendo la experiencia un poco forzada del otro, de la reciprocidad encarnada. El otro existe: está, como yo, hecho de carne; es el abrazo quien le encarna, quien nos ilumina y nos hace descubrir el amor.

Una generación se constituye, así, delante de mí: mis padres, mi hermano, mi hermana, mi alma gemela, después mi amante, mi esposo/a, mi ex, etc. El éxito de esta generación está estrechamente ligado a la cultura, al templo, a la foto familiar, al álbum. Otros signos vendrán: el currículum, la tarjeta de visita, la foto de boda, las etapas de la carrera, etc.

¿Qué muestra la foto? Más allá de las actitudes de los niños, de su juventud y su inocencia, se inscriben la perseverancia, la permanencia del templo, su calma, su simplicidad, el relevo de generaciones, la ausencia de fanatismo, la fe en el porvenir, la dulzura. Tomamos conciencia de los gestos simples de la vida. El amor es fraternal o sororal; el *pathos*, el sufrimiento, la pasión o el drama se ven excluidos. Generación de la dulzura. Amor en dulce.



Foto de Patrice Pavis

Todo arrancó en aquel pequeño restaurante de Shinimun, un barrio popular de Seúl. Iba allí menos por el menú, simple y rápido, que por la atmósfera: una minúscula casa familiar con cuatro pequeñas habitaciones, cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros e ideogramas, con vitrinas llenas de objetos de arte búdico. Tenía la impresión de haber sido invitado a la casa de un amigo, cosa aparentemente inhabitual en Corea. Entreveía por el vano de la puerta una parte de su cultura. Por la módica suma de 5000 won tenía la impresión de que el arte, la poesía y la escritura me eran transmitidos en el menú, al igual que el arroz acompaña los platos. La mayoría de los restaurantes simples son lugares funcionales y neutralizados, desprovistos de todo color local, sin ninguna dimensión cultural o artística. Es raro encontrar la mínima alusión al pasado. Lo que aquí se transmite a las generaciones venideras, me imaginaba, es la voluntad de mantener algunas de las huellas de una cultura estimada por su refinamiento y, especialmente, los ideogramas chinos mal descifrados por las jóvenes generaciones. Pero este poema en ideogramas es también la obra de un dictador reciente, cuyo retrato vemos pegado de cualquier manera en el cuadro. Parece que todo el mundo tenga la memoria corta, no sólo la joven generación que olvida el chino, sino sobre todo la generación que ostenta el poder y los negocios, y también la generación de la gente simple. El

mismo objeto es el signo de la reminiscencia cultural y la prueba de una radical amnesia política. Queda la letra muerta, el culto de los ancestros, el ideograma chino, lo indescifrable que soluciona todo el mundo, yo el primero. ¿Generación de la amnesia?

El restaurante de Shinimun

Una tarde solo
En el restaurante clásico
De Shinimun
Solo superviviente
En este barrio popular
Puesto al día
Los ideogramas en la pared
Contemplo mi pasado imaginario
Mi vida posible de antaño
Y mis pasiones olvidadas
En la otra orilla
Busco el ideograma perdido
La fórmula que me resuma mejor
En una letra china ilegible.



Foto de Han Dukwha

¿Hace falta querer heredar a todo precio, pensar en las generaciones pasadas y en las futuras, establecer una filiación necesaria y directa? La nueva generación, la que escribe y representa, se sitúa en prioridad con respecto a sí misma y a su proyecto actual. Le hace falta reinventar todo más allá de los grandes principios, pero sin ignorarlos. Es el caso de un espectáculo como *Wuturi*, escrito y puesto en escena por Kim Kwan-Lim: en él se genera un cuerpo nuevo.

Wuturi

La chamana abigarrada
El viejo libidinoso
El asno al acecho:
Tres maneras parecidas
De mantener el cuerpo
Rapidez en los gestos
Curcusilla de los riñones
Permanencia de una misma actitud.
Aquí se inventa el cuerpo teatral
Del mañana.

Milagro de lo instantáneo. Los tres actores se encuentran en la misma actitud: cuerpo erótico-grotesco de la pareja, cuerpo animal del asno. Los tres encuentran la gestualidad terruña de los personajes de la farsa. En lugar de la verticalidad del ballet clásico europeo, anclan sus actitudes en el suelo, aseguran sus apoyos, se encogen al flexionar las

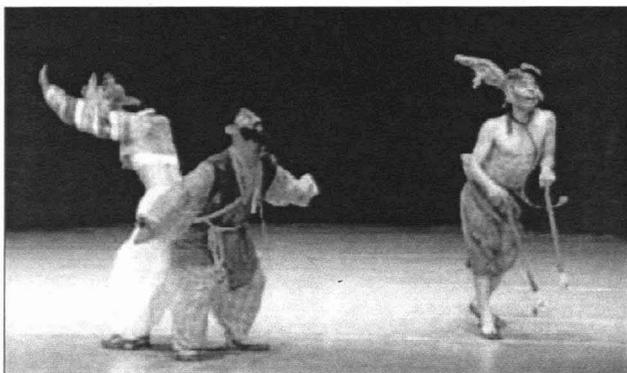


Foto de Patrice Pavis

«grotesquizado», es decir, burdamente esbozado a través de un proceso de enculturación por parte de los organismos del siglo veintiuno y puesto en forma grotesca conforme al relato antiguo. Del mismo modo, y según un patrón comparable, este relato se muestra

piernas. Su cuerpo replegado, elástico, está listo para saltar como un resorte en cualquier momento. ¿Es éste el cuerpo coreano del viejo relato reescrito por Kim Kwan-Lim? Un entrenamiento en artes marciales y la familiaridad con la danza tradicional han preparado a los actores-bailarines-cantantes para dar forma a esta gestualidad, incluso a este cuerpo. Podríamos hablar de cuerpo

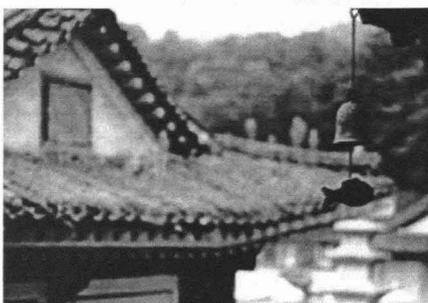


Foto de Kim You-Suk



Foto de Patrice Pavis

igualmente «coreanizado»: concebido según una estructura narrativa específica que se distingue del relato clásico de nuestra tragedia o comedia clásica fuertemente aristotélica. La fábula no busca resolver un conflicto, sino que se detiene hacia el final en un largo momento de música improvisada antes de retomar, sin realmente volver a enlazar, lo que precede. Tanto para el cuerpo como para la fábula, se trata de generar una inscripción en una cultura que ya no es idéntica a la de hoy en Corea y que se vive como híbrida, moldeada por el pasado pero sometida a las condiciones de vida actuales. En este sentido, los actores son cuerpos conductores entre las épocas y las culturas. Cumplen un delicado equilibrio entre lo local (el lugar de origen de esta leyenda), lo nacional (la lengua y la civilización coreanas) y lo global (la universalidad planetaria de esta fábula). A lo que debería con toda seguridad añadirse la oportunidad política de regenerar esta leyenda, gracias a la nueva escritura de un gran dramaturgo. Operación ésta verdaderamente difícil de regenerar, la de reanimar una literatura y un juego tan alejados de la actualidad. Tamaña regeneración necesita del teatro y del cuerpo vivo de los intérpretes para servir de vínculo entre el pasado a través de la gestualidad, la fábula y la escritura,

sin negar la realidad actual. La música y la pintura, que no pasan directamente por el cuerpo de los intérpretes, desconocen esta dificultad, pero tampoco se benefician del enlace vivo e inmediatamente verificable de nuestra época con el pasado, de la presentación de las generaciones. La representación de Wuturi nos pone en contacto físico con la cultura y el pasado coreanos. A través de ella nos vemos regenerados.

Recorro Corea en compañía del gran fotógrafo Kim Dae-Soo con la obsesión de escribir a partir de sus fotos un ensayo poético-teórico sobre objetos culturales de su país. Pero me inquieta el hecho de que Kim Dae-Soo sea famoso sobre todo por sus paisajes, en particular por los árboles y especialmente los bambús. Nos detenemos de repente al borde de un lago, rodeados de vacas. Él instala su material con gran minuciosidad. Con alegría immortalizo el momento, pero me digo que aún estamos bastante alejados de la cultura coreana.

Sin embargo, una semana más tarde, mientras que degusto con mis amigos en un restaurante de otra región las numerosas especialidades locales, descubro en un biombo una pintura que representa a una vaca mirando un lago, pintura que me parece «copiada» del verdadero paisaje. Por azar, la pintura parece haber «fotografiado» la escena real y, como yo nunca llegué a ver la toma de Kim Dae-Soo, me veo obligado a compararla con mi pésima foto de reportaje. El parecido es impresionante. Pero, ¿debo sorprenderme? ¿Qué se verá en la foto de él? ¿Quizá se parezca aún más a la pintura? La representación pictórica idealiza el paisaje, lo reduce a algunos rasgos. Pero la foto procede posiblemente de la misma manera: aureola la montaña con una ligera bruma, muestra a la vaca en una actitud contemplativa, compone la escena en un frágil equilibrio entre las montañas, el agua y el matorral del primer plano. El paisaje, fotografiado o pintado, se estabiliza, se concretiza, se oficializa y se idealiza, en pocas palabras, se escribe poco a poco.

Pero hay varios métodos para escribir el paisaje: componer y «colocar» el paisaje en un marco dado de antemano; o bien, y éste es el método de este pintor desconocido, se parte del objeto sin preocuparse *a priori* del marco o los límites, o bien se deja a la imagen constituirse a sí misma.

Las dos tazas

Dos tazas al borde del precipicio
Entre el libro y el vacío
Como si hubiéramos dejado
Todo en suspenso:
Y el estudio y la sabiduría y las largas
Meditaciones
Para otorgarnos
Un momento de embriaguez.
Y ya el borde de las cosas se deforma
Ya nada sale redondo
Las tazas toman la forma oblonga
De dos lágrimas derramadas
Lado a lado.

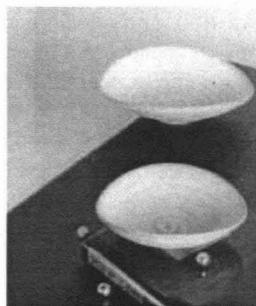


Foto de Kim Dae-Soo

¿Té o alcohol? La diferencia es importante, pero no esencial. Lo que cuenta es la estrategia del dispositivo: ¿quién bebe, con quién, con qué fin, qué ha pasado, qué va a pasar?

Sea la que sea la forma de las tazas y su función, me inclinaría más bien por el alcohol de arroz, el *soju*. Todo pudor al margen, hay que admitir la necesidad del alcohol en esta sociedad tan refinada, tan jerarquizada. Emborracharse con disciplina y método, tal es seguramente la clave para el orden secreto. Nada de embriaguez generalizada en este país de la medida, aunque quizá un alcoholismo rampante, en el límite de la caída, de la depresión, de la desesperanza de amor generalizada. Toda generación transmite a la siguiente su mal de vivir y los medios cotidianos con que intenta remediarlo. Se trata prácticamente de la única cosa que nuestra generación es capaz de transmitir de ahora en adelante: su angustia, su mal de vivir, su actitud frente a la vida. Ya no transmitimos una cultura definida, una religión, una visión del mundo, un territorio, una región o un patrimonio, sino una angustia, una ley no expresada, una bebida no identificada, té o *soja*, ya no se sabe lo que transmitimos, ni lo que heredamos.

Cuando no es el alcohol el que desborda las tazas, es el «work alcoholism» quien causa estragos; éste no desatiende al alcohol verdadero, sino que le precede, es un alcohol que se consume tras el trabajo fatigoso y fútil, gracias al que se tiene el derecho a quejarse por un instante de esta sociedad que ahoga toda creatividad.

Y, sin embargo, todo sigue funcionando, circulando. Las artes, los oficios y las comunicaciones florecen. Todo termina por volver al punto de partida, a la ceremonia del té, ya que la sociedad coreana debe dar la vuelta, girar en redondo, sean las que sean las lágrimas vertidas.

Generalización de la rotación, generación entre tumbos. ¿Qué remedio queda? ¿La montaña?

Los templos más bellos son los que visité en silencio y bajo la lluvia. Aún hoy siento el agua correr por mi piel seca, mientras que avanzo y accedo a una altura de cada vez mayor belleza y calma. El agua corre sin que yo le impida penetrar en mí, mi vista se empaña, sin que me seque los ojos, mis ropas se pegan a mi piel sin que las ahueque. Mientras que la lluvia lava todas mis expectativas, el templo inscribe en mí para siempre su recorrido; a partir de ahora me paseo por él a mi voluntad; el *bungkyung* guía mis pasos.

Gracias a la campanilla del *bungkyung* el silencio de la montaña y la profundidad de la espiritualidad se hacen tangibles. Es como si el viento nos hiciera percibir los signos de la cultura que ya no vemos, los signos a los que ya no prestamos atención, sobre todo si evolucionamos en nuestro propio universo. Ahora bien, esta cultura necesita ser reactivada sin cesar, ya que si no olvidaríamos rápido las reglas implícitas de la vida social, en particular los códigos de la educación o las costumbres anticuadas. Todos los signos intermitentes de la cultura coreana no son tan dulces ni reparadores como la campanilla de la montaña. Muchas reglas de la etiqueta o relaciones jerárquicas son tan insidiosos que ya no las observamos y las tenemos por normales. Hace falta un soplo, una perturbación, para localizarlas y controlarlas mejor. Desde el momento en que fijamos nuestra vista o nuestra atención en las cosas las hacemos vibrar como una campanilla. En el silencio, la ausencia de viento y palabras, todo nos parece aceptable y reglado. El tintineo me hace levantar la cabeza, mi atención se despierta, pero mi angustia se ve al mismo tiempo suscitada por el ruido inquietante del viento. Y sin embargo el silencio se ve quebrado, la situación me lleva al momento presente y el dulce campanilleo me calma de nuevo.

La campana del *bungkyung* es la tradición que debemos primero aprehender si la queremos dejar atrás, el arte de regenerar el silencio y mirar a otro lado.

El silencio del *bungkyung*

Desde el techo de la montaña
El silencio cae sobre nosotros,
El viento empuja la plomada
De nuestras vidas.
Solo sobre la pagoda
En el corazón del templo
Vuela el pez.
Rozada por el viento
La campanilla acaricia dulcemente
Mi oreja.
Me tranquiliza
En mis sentimientos
Me reconforta en
Mi perseverancia.
Un soplo de aire
Me mantiene con vida,
Un tintineo
Regenera el silencio.



Foto Kim Yong-Sok

¿Quién es esta mujer, vista de perfil, no identificable? Había entrevistado su retrato en una exposición del fotógrafo Kim Yong-Sok en el Conservatorio Nacional y removí cielo y tierra para encontrarle. Al final de mi estancia, el fotógrafo vino a mi despacho con su traductora: ¡era la joven mujer del retrato! Me regaló una serie de fotos de músicos, otro juego de fotos de paisajes coreanos, así como una ampliación inmensa de aquel rostro girado. Mi fotógrafo se ve como guiado por una Antígona que le traduce el mundo. Él es un Edipo cegado por la belleza de sus obras, de las que parece no tener conciencia.

Comprendo a mi fotógrafo, pues yo también me veía cegado por la belleza de aquel rostro, del rostro femenino coreano, por el brillo de su sonrisa, el movimiento rebelde de su cabellera negra, la gracia luminosa de su mirada.

Al final, aquel rostro girado girado se encarnó cuando mi Antígona llegó con el fotógrafo cegado. Y (otro milagro) esta Antígona, diplomada por el Conservatorio de música tradicional, habla alemán a la perfección, ya que creció en Alemania. Así, de un solo golpe, me encuentro con un rostro, una lengua y una cultura familiares. Y, sin embargo, el rostro sigue siendo para mí el de una mirada girada e inaccesible. Generación del deseo.

El rostro girado

Su mirada siempre
Estaba en otra parte
Y aquello me gustaba
No podía acercarme más
Sin que desapareciera para siempre
Imaginaba su rostro
Al que yo nunca accedería
Y aquello me gustaba

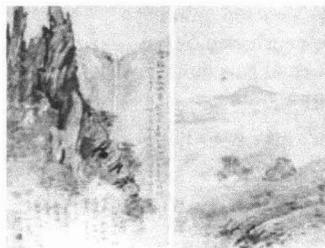


Foto de Patrice Pavis

Nuestra relación con la otra cultura pasa por esta generación del deseo. Nos esforzamos por escrutarla, aunque no sea posible, ni quizás deseable, ni «políticamente correcto» en absoluto. Generar el deseo es siempre enmarcar, cortar, un poco arbitrariamente, un segmento de esta cultura, aislarlo para examinar sus propiedades. Así, hace falta «desenmarcar», no buscar el centro, suponiendo que haya uno. La otra cultura, y no solamente la coreana o la asiática, teme perder su rostro: debemos tener esto en cuenta y encontrar el modo de ver sin ver, decir sin decir, desear sin tocar. A nadie le gusta ser observado en el fondo de su alma, pero a todo el mundo le gustaría que el otro le comprendiera. Entonces, ¿cómo hacerlo? Desenmarcar, mirar con recelo, mirar en el mismo sentido que el objeto deseado. No dejar de desear. Y así con Corea: hay que hacer como si el país diera la espalda, culturalmente, al mundo occidental, mientras que no deja de aproximarse.

Generar lo que no podemos tener en nuestras manos, éste es el objetivo del arte, y en concreto del arte teatral: no hace falta acceder al personaje, o cruzar el umbral que nos separa de la escena, u observar con detenimiento a la jugadora de *janggo*.

Generación del deseo: esconder lo que esperamos observar un día en nuestros ojos, sin escrutar al otro.

Mi generación

Mi herencia,
 Lo que estoy listo a admitir
 Como mi patrimonio
 Transmitido por mis iguales,
 ¿Dónde está, entonces,
 Y qué debo hacer con ella?
 ¿Gestionar o generar?
 ¡ésa es la generación!
 Mi generación
 No es una generación espontánea,
 Es más bien calculadora:
 ¿Qué me das
 Si trabajo para ti?
 Estoy dispuesto a darte
 Algo de mi tiempo,
 Algunas de mis preocupaciones,
 Pero no sé muy bien
 Qué pedirte
 A cambio.
 Un poco de atención, quizás,
 Un poco de consideración,
 Como aquí en el país de los coreanos
 U otro cuerpo y alma.

Mi generación nació
 De un enano de jardín
 Y de una flor de plástico
 Diseñada por ordenador
 Mi generación es reemplazable
 Desechable
 Administrable
 Cuestionable
 Gestionable
 Ya no se cuenta en años
 Sino en anualidades.
 Ninguna mala reputación
 Que transmitir
 Ninguna chica que esconder en el armario
 Ningún recuerdo de los viejos tiempos
 Que agitar en la memoria.
 Mi herencia
 No la reclamamos.
 No sabría que hacer con ella
 Más que dilapidarla lo más rápidamente posible
 Para recomenzar de cero.
 Generación cero.



Foto de Kim Yong-Sok